

LITERATURA JUDIA

SEGUNDA PARTE

Mariano Lebrón Saviñón

LOS APOCRIFOS

A fines del siglo III los sabios que constituían la *Gran Asamblea*, editaron todo lo conocido de la vieja literatura hebrea, concluyendo que había llegado a su fin la edad de los profetas y que, por tanto, toda inspiración literal había cesado. Ello dio por resultado que se desechara un rimero de infolios y legajos contentivos de una filosofía superior y de una literatura henchida de bellezas e impregnada aún del aroma mágico y místico que tenían los libros de *la Thora*, única colección que para el hebreo tenía inspiración divina.

Toda otra literatura no enmarcada en la del viejo Canon hebreo o surgida con posterioridad al siglo III, entró en la categoría de *apócrifa*.

Estos llamados *libros apócrifos*, es decir, '*escondidos*, (que es la significación etimológica de la palabra *apócrifo*) no cuentan para el hebraísmo.

Los dos *Libros de Esdras*, que figuran entre los apócrifos (un tercero relativo a la historia de persas y judíos figura en la Biblia) encierran grandes bellezas poéticas, y es un tesoro del que se priva a los asiduos lectores de la Biblia. Uno de los

pasajes, calificado de “singularmente espléndido”, es aquél en el cual Esdras pregunta al ángel Uriel por qué permite Dios que la protervia y la maldad prosperen en Israel, y por qué condena su pueblo al cautiverio, y el ángel contesta con un largo discurso en donde las metáforas saltan deslumbrantes, como los peces de plata en el mar, destellantes contra el sol.

Estos Apócrifos, fueron exiliados del Antiguo Testamento, porque los judíos lo despojaron de su divinidad; en cambio engrosaron la *Vulgata* de la Iglesia católica, o, lo que es lo mismo, la versión latina hecha por San Jerónimo de los textos hebreos y griegos.

Los principales Apócrifos del Viejo Testamento son: *El Eclesiástico*; los libros I y II de *Esdras*; los libros I y II de los *Macabeos*; los libros de los *Apocalípticos*; (no confundir con *El Apocalipsis* de San Juan), que pretenden contener las revelaciones divinas de carácter profético. Estas obras comenzaron a aparecer en el año 250 a. de C. y continuaron apareciendo en los libros cristianos.

Algunos *Apocalípticos*, como el libro de *Enoc*, se consideran apócrifos y no canónicos, Otros, en cambio, como las *Revelaciones*, se tienen como canónicos.

BIBLIA GRIEGA.

Según la leyenda, Tolomeo Filadelfo envió una carta al sumo sacerdote de Jerusalén, pidiéndole doctores capaces de traducir la ley de los libros canónicos.

El sacerdote Eleazar escogió setenta y dos doctores, seis por cada tribu, quienes pasaron a Egipto y en breve tiempo cumplieron su encargo.

Esta es la explicación generalmente aceptada de la versión griega de la Biblia que llamamos de *los Setenta*, aunque, en rigor, debiera llamarse de *los setenta y dos*.

LIBROS POETICOS DE LA BIBLIA.

El hebreo era una lengua apta para el encanto poético;

figura entre los más majestuosamente sonoros entre todos los idiomas de la tierra. Aun considerando que, lo mismo que algunos idiomas semíticos, el hebreo está lleno de guturaciones, vibra henchido de música varonil. Renán lo describe como un “carcaj lleno de flechas, un son de trompetas arremetiendo al aire: no difería mucho del habla de los fenicios o los moabitas”.

Los judíos empleaban un alfabeto semejante al fenicio, y algunos eruditos creen que es el más antiguo de los alfabetos. Un alfabeto sin vocales, sólo con consonantes. Todavía las vocales hebreas son meros puntos que adornan las consonantes.

Uno de los libros narrativos más bellos que hemos leído es el de *Ruth*. Eglógico y magnífico, recuerda en muchos de sus aspectos a las mejores novelas pastoriles. Ciertamente, no hay en toda la Biblia, con la sola excepción de María, una figura más simpática y de mayor dulzura que esta ingenua mujer moabita.

La vieja Noemí, natural de Belén de Judá, muerto su esposo Elimelek, muertos sus dos hijos, llevaba una vida precaria en míseras tierras, en Moab, con sus dos nueras Orpá y Ruth. En vista de su mala situación decidió volver a Belén, despidiéndose de las muchachas. Pero Ruth, abnegada y buena, se negó a abandonar a la pobre anciana, y marchó con ella, acorriéndola en sus angustias y necesidades.

En Belén, Ruth, la moabita, fue a espigar en los campos del rico Booz, pariente del difunto esposo de Noemí, y aquél recibió noticias de la bella espigadora, su parienta, tierna y dulce, y de su noble acción al no abandonar a su suegra desventurada. Y como, por virtud de la ley, Booz estaba llamado a casarse con la viuda sin hijos de un pariente, Ruth, siguiendo instrucciones de su suegra, llegó a casarse con Booz, luego de obtener éste la renuncia de otro pariente más próximo y con derecho prioritario.

Lo que enamora a Booz es la mansedumbre y dulzura, más que la belleza, de la rubia moabita y su espíritu de decidida abnegación. Y fue providencial este enlace, porque de

él nació Obed, abuelo de David y ascendiente directo de Jesús.

Esta novela arcádica y maravillosa se engarza en la Biblia como un diamante de raro fulgor en pulsa de oro.

Una de las elegías más portentosas es la que se lee en el *Libro de Job*. Es la historia de un hombre piadoso puesto a prueba por Dios, que le envió una dura enfermedad y aniquiló sus heredades, que eran muchas, y le hiere también en su familia.

Dice la Biblia que por orden de Dios, Satán “hirió a Job de una maligna sarna desde la planta de su pie (50) hasta la mollera de su cabeza” (51)

Cuando Job está aniquilado, lleno de llagas dolorosas, envuelto por la podre, empobrecido y desesperado, vienen sus amigos Eliphaz Temanita, Bildad Suhita y Sophar Naamathita, y le interrogan acerca de esta inmerecida catástrofe ocurrida en un hombre tan piadoso; y tiene lugar el diálogo que hace de este libro uno de los más interesantes y extraordinarios de la literatura elegíaca universal.

En Job, ese grandioso poeta desconocido, no habla el hombre, sino toda una generación. La queja hecha música gemebunda, la desolación hecha armonía quejicosa, y luego la resignación como un andante de señeras altiveces abatidas y la humildad desvaída, como un dulce sollozo de arrepentimiento y de fe, se hace sonora en este viejo lacerado por la divinidad. Es un mundo de expresiones, imprecaciones, invectivas, amor, oraciones, luz de vida, de fe, de resignaciones. Dice de su mal:

*Mis entrañas hierven y no reposan;
Días de aflicción me han sobrecogido.
Denegrido ando y no por el Sol;
Levantádome he en la congregación y clamado.
He venido a ser hermano de los dragones,
Y compañero de los buhos.
Mi piel está denegrida
Sobre mí.
Y mis huesos se secaron con ardentía*

*Y hase tornado mi arpa en luto:
Y mi órgano es voz de lamentaciones. (52)*

Y habla también Job de su orfandad, con amarga tristeza y honda filosofía escéptica, de la naturaleza humana:

*El hombre nacido de mujer,
Corto de días y harto de sinsabores
Que nace como una flor y es cortado;
y huye como la sombra y no permanece.
¿Y sobre esto abres tus ojos
Y me traes a juicio contigo?
¿Quién hará limpio de inmundo?
Nadie.
Ciertamente sus días están determinados, y
El número de sus meses está cerca de ti:
Tú le pusiste términos de los cuales no pasará;
Si tú lo dejares, él dejará de ser:
Entre tanto deseara, como el jornalero, su día
Porque si el árbol fuere cortado,
Aún queda de él esperanza; retoñecerá aún
Y sus renuevos no faltarán;
Si se envejece en la tierra, su raíz
Y su tronco fueren muerto en el polvo,
Al percibir el agua, reverdecerá,
y hará copa como planta.
Mas el hombre morirá, y será cortado;
y perecerá el hombre ¿y dónde estará él?
Las aguas de la mar se fueron,
Y agotóse el río, secóse.
Así el hombre yace y no se tornará a levantar;
Hasta que no haya cielo no despertará
Ni se levantará de su sueño . (53)*

Cuando ya cansado de quejarse, y de una rebeldía paciente, que hace que sus amigos lo comparen con una tempestad, oye la voz de Jehová, se torna humilde, terminando su titánico

lamentar con estas palabras dirigidas al mismo Dios que lo ha imprecado:

*Yo conozco que todo lo puedes
Y que no hay pensamiento que se esconda de ti.
¿Quién es el que oscurece el consejo sin conciencia?
Por tanto yo denunciaba lo que no entendía.
Cosas que me eran ocultas y que no las sabía.
Oye, te ruego y hablaré:
Te preguntaré, y tú me enseñarás.
De oídas te había oído;
Mas, ahora mis ojos te ven.
Por tanto me aborrezco y me arrepiento
En el polvo y en la ceniza. (54)*

Estas son perlas diversas de este joyel, flores de este jardín magnífico que es el libro de Job. Chateaubriand llama a este largo poema una elegía. Y Lamartine dice: "Job es el poeta del desierto: tal vez por eso es, aparentemente, el más grande de todos". Para afirmar poco después: "La lectura de Job no es solamente la más hermosa lección de poesía, sino también la más grandiosa lección de piedad".

¿Cuándo se escribió este libro? Se cree que data del siglo V a. de C.

Kaller y otros autores le han hallado semejanzas con una tragedia griega, al estilo de Eurípides. Nosotros lo hemos comparado con el *Prometeo Encadenado* de Esquilo. (55)

El texto de este libro parece ser el más estragado a través de las diferentes versiones, de todos los de la Biblia. Jastrovi acepta como puros solamente los capítulos del III al XXXI, considerando que el resto ha experimentado enmiendas y reparos sobre mutilaciones, además de innumerables interpolaciones más o menos injertadas. Las mayores adulteraciones han tenido lugar en las diferentes traducciones.

Los capítulos del III al XLI tienen la forma antiestrófica propia de la poesía hebrea.

Al libro de *Job*, siguen los *Salmos*.

Fueron escritos por David, el rey poeta que pasaba las horas de su errar pulsando el arpa. Son, entre las poesías hebreas, las de más variados estilos y diferentes temas: hablan de guerras y victorias (*salmos de gloria*, que son himnos de elevado valor poético); de muerte, de aleluya (elegías dolientes y gritos ditirámicos de alta poesía); oraciones (plegarias poéticas e imprecaciones ardientes).

“Sea cual fuere el futuro de muchos libros —dice Will Durant— históricos y proféticos del Viejo Testamento, los Salmos sobrevivirán en tanto el hombre crea que la belleza — en cualquier forma que se revele — es algo sagrado y venerado” (56)

Es posible, como sucede con los poemas homéricos, que los *Salmos* no sean, como se ha dicho, la obra de un solo hombre, sino canciones escritas por diversos poetas hebreos, y entonadas, no en días de gloria para Israel, sino en el cautiverio (siglo III a. de C.). Esta es opinión muy socorrida y que se fundamenta en hechos históricos de vigencia ecuménica.

Nosotros seguimos creyendo que esos poemas excepcionales son del rey poeta David, como *La Ilíada* y *La Odisea* son de Homero.

Los *Salmos* son la primera fuente — ¡y qué raudalosa! — de poesía hierática. Hay a lo largo de estos monumentos expresivos, un hondo lirismo conmovedor.

Tienen sonoridad y quilates en el discurrir de las más apasionadas metáforas.

Algunos *Salmos* son una alabanza a la guerra, otros son remansos de humildad. Tienen la virtud de penetrar por todos los vivientes canales del hombre, y estremecerlos.

En su idioma original deben tener resonancias orquestales.

Entre los más conocidos tenemos el *Salmo* (23), oración universal que se escucha en todos los idiomas y en todas las latitudes:

*Jehová es mi pastor, nada, me faltará.
En lugares de delicados pastos me hará yacer.
Junto a aguas de reposo me pastoreará.
Confortará mi alma;
Me guiará por sendas de justicia
por amor de su nombre.
Aunque ande en valle de sombra de muerte,
No temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo;
Tu vara y tu cayado me infundieron aliento.
Aderezarás mesa delante de mí en
presencia de mis angustiadores:
mi copa estará rebosando.
Ciertamente, el bien y la misericordia
me seguirán todos los días de mi vida:
Y en la casa de Jehová moraré por
largos días. (57)*

Este *Salmo* es una consoladora oración, en la que el hombre se declara oveja del aprisco de Dios, de quien recibirá, con honda ternura divina, bienes sin cuento. Pero más que esas metáforas de hermosura sin par (*lugares de delicados pastos, agua de reposo, valle de sombra de muerte*), lo notable en este poema sálmico es esa sensación de serenidad que trasciende en su discurrir de agua tranquila. Al recitarlo, la voz se remansa con gravedad de quietud amorosa, como canción serena de paz y misticismo.

De todos los *Salmos*, nosotros seguiremos prefiriendo el 49, que es uno de los más sonoros gritos sociales (con la sola excepción del *Sermón de la Montaña*), que ha surgido en la lírica universal. Nosotros lo hemos llamado el *Salmo revolucionario*:

*Oíd esto, pueblos todos;
Escuchad, habitantes del mundo.
Así los plebes como los nobles,
El rico y el pobre juntamente.
Mi boca hablará sabiduría*

*Y el pensamiento de mi corazón, inteligencia.
Acomodaré a ejemplos mi oído:
Declararé con el arpa mi enigma.
¿Por qué he de temer en los días de adversidad
Cuando la iniquidad de mis insidiadores me cerca?
Los que confían en sus haciendas,
Y en la muchedumbre de sus riquezas se jactan,
Ninguno de ellos podrá en manera alguna redimir
Al hermano.
Ni dar a Dios su rescate.
(Porque la redención de su vida es de gran precio
Y no se hará jamás).
Que vivan adelante para siempre
Y nunca vean la sepultura.
Pues se ve que mueren los sabios
Así como perecen el insensato y el necio
Y dejan a otros sus riquezas.*

* * * *

*No temas cuando se enriquezca alguno,
Cuando aumenta la gloria de su casa;
Porque en muriendo no llevará nada,
Ni descenderá tras él su gloria.
Si bien mientras viviera, dirá dichosa
a su alma:
Y tú serás loado cuando bien te tratare.
Entrará a la generación de sus padres:
No verán luz para siempre.
El hombre en honra que no entienda
Semejante es a las bestias que perecen. (58)*

Numerosas traducciones se han hecho de estos vibrantes himnos. Fray Luis de León aprovechó la silva de su inigualable *siglo de oro español* — a la manera de sus liras — para algunas de sus traducciones; como esta perfecta versión del *Salmo 1*:

*Es bien aventurado
varón el que en concilio malicioso
no anduvo descuidado
ni el paso perezoso
detuvo en el camino peligroso.*

* * * *

*Porque Dios es camino
sabe bien de los justos, que es su historia,
del otro desatino
de la maldad memoria,
no habrá como de baxa y vil escoria. (59)*

O este otro donde el pecador le implora a Dios no verle con ceño duro, ni dejarle caer su mano de castigo, sino mirarlo con santa conmiseración, con comprensión divina:

*No con favor sañoso
me confundas, Señor, estando airado,
ni con ceño espantoso
me castigues tasado
quanto merece al justo mi pecado. (60)*

Otro *Salmos* han sido traducidos en forma de cuartetas, como este 103, uno de los más bellos entre los salmos y el mejor traducido por Fray Luis de León:

*Alaba, o alma a Dios: Señor, tu alteza
¿qué lengua hay que la cuente?
Vestido estás de gloria y de belleza
y luz resplandeciente.*

*Encima de los cielos desplegados
al agua diste asiento:
las nubes son tu carro, tus alados
caballos son el viento.*

*Son fuego abrasador tus mensajeros,
y trueno y torbellino:
las tierras sobre asientos duraderos
mantienes de continuo.*

*Los mares la cubrían de primero
por cima los collados,
mas visto de tu voz el trueno fiero
huyeron espantados.*

*Y luego los subidos montes crecen,
humíllanse los valles;
si ya entre sí hinchados se embravecen,
no pasarán las calles;*

*Las calles que les diste y los linderos,
ni anegarán las tierras,
descubre mina de agua en los oteros
y corre entre las sierras.*

*El gamo y las salvajes alimañas
allí la sed quebrantan,
las aves nadadoras allí bañas
y por las ramas cantan.*

*Con lluvia el monte riegas de tus cumbres
y das hartura al llano;
así das heno al buey y mil legumbres
para el servicio humano.*

*Así se espiga el trigo, y la vid crece
para nuestra alegría:
la verde oliva así nos resplandece
y el pan de valentía.*

*De allí se viste el bosque y la arboleda
y el cedro soberano*

*a donde anida el ave, a donde enreda
su cámara el milano.*

*Los riscos a los corzos dan guarida,
al conejo la peña,
por ti nos mira el sol, y su lucida
hermana nos enseña*

*los tiempos. Tú nos das la noche oscura
en que salen las fieras,
el tigre, que ración con hambre dura
te pide, y voces fieras.*

*Despiertan el aurora y de consuno
se van a sus moradas,
da el hombre a su labor sin miedo alguno
las horas situadas.*

*¡Cuán nobles son tus hechos, y cuán llenos
de tu sabiduría!
Pues, ¿quién dirá el gran mar sus anchos senos
y cuántos peces crías?*

*¿Las naves que en él corren, la espantable
ballena que le azota?
Sustento esperan todos saludable
de ti, que el bien no agota.*

*Tomamos, si tú das; tu larga mano
nos deja satisfechos;
si huyes, desfallece el sér liviano,
quedamos polvo hechos.*

*Mas tornará tu soplo, y renovado
repararás el mundo,
será sin fin tu gloria, y tú, alabado
de todos sin segundo.*

*Tú, que los montes ardes si los tocas,
y al suelo das temblores,
cien vidas que tuvieras y mil bocas
dedico a tus loores.*

*Mi voz te agradará, y a mí este oficio
será mi gran contento:
no se verá en la tierra maleficio
ni tirano sangriento.*

*Sepultará el olvido tu memoria;
tú, alma, a Dios da gloria. (61)*

Este *salmo* es un poema que resume toda la Omnipotencia de Dios. Nada superará este retrato poético de la Suprema Divinidad. Será otro gran judío, el poeta español Jehuda Helevy, una de las voces más vigorosas de todo el medioevo, quien en su poema *Himno de la Creación*, que empieza:

¿A quién, Señor, compararé tu alteza? (62) traerá reminiscencia de este *Salmo 103* de David.

En la literatura egipcia y en algunos de los poemas religiosos de los sumerios encontramos fuentes precisas de los salmos. El *Himno al sol* de Amenofis IV, el faraón poeta que al querer improvisar un monoteísmo en el antiguo Egipto, se hizo llamar Akhenaton, parece haber influido definitivamente en el *Salmo 104*.

También se ha dicho que *los Salmos* no son de David, sino de una buena copia de poetas entre los que se puede incluir al rey.

Todo esto, como las discutidas fuentes de las obras de Shakespeare, pierde importancia frente al hecho de que los *Salmos* van a la cabeza de la lírica religiosa del mundo.

Como dice Durant: “no fueron escritos para que los leyeran sentados o en el estado de ánimo de la crítica erudita; su excelencia está en la expresión de momentos de éxtasis piadosos y en la estimulación de la fe”. (63)

Puede hacerse alguna crítica adversa a los *Salmos*: hay

demasiados gritos de guerra; se repiten las quejas, los gemidos, la adulación a un Jehová, que, como un dragón cualquiera “echa humo por la nariz y fuego por la boca” (64), que promete que los malos “serán lanzados a los infiernos” y amenaza con “cortar los labios de los aduladores.”

Pero, entre todo esto, entre los gritos bélicos, hay ternura amorosa, hay piedad... y metáforas bellas: *¿Quién residirá en el monte de tu santidad? Jehová es la porción de mi parte y de mi copa – Tú sustentarás mi suerte – Las cuerdas me cayeron en lugares deleitosos – Dolores de sepulcro me rodearon – Puso tinieblas por encendedoro suyo, su pabellón en derredor de sí – Oscuridad de agua, nubes de los cielos, etc.*

Estos cantos se han confeccionado según la forma antiestrófica de la antigua poesía oriental, en la que es posible presentir las voces potentes del coro que contesta a las voces del poeta. Son versos capaces de conmover más hondamente nuestra alma que un poema de amor.

En algunos *Salmos* hay símiles que se escuchan en Homero: *El sol levante es como un novio que sale de su cámara y se alegra como un hombre vigoroso al emprender la carrera.*

Imaginemos cuán hermosos y majestuosos deben ser estos poemas en su idioma original.

Otro de los libros de la Biblia es el de *Los Proverbios*. Se le atribuye a Salomón, de acuerdo con el primer versículo que dice: “Los Proverbios de Salomón, hijo de David, rey de Israel” (65) Pero es cosa sabida que este libro se escribió, por lo menos en su mayor parte, cuatrocientos años después de muerto el rey.

Es una colección de sabias sentencias, de filosofía moral con que el rey sabio trataba de trazarle pautas a sus gentes, aunque él nunca fue un dechado de virtudes.

No hay unidad ni plan preconcebido. He aquí algunos modelos.

*El principio de la sabiduría es el temor
de Jehová:*

*Los insensatos desprecian la sabiduría
y la enseñanza. (66)*

*Cuando la sabiduría entrare en tu corazón
y la ciencia fuere dulce a tu alma,*

El consejo te guardará,

Te preservará la inteligencia:

Para librarte del mal camino

De los hombres que hablan perversidades;

Que dejan las veredas derechas

Por andar en caminos tenebrosos;

Que se alegran haciendo mal,

Que huelgan en las perversidades del vicio;

cuyas veredas son torcidas

y torcidos sus caminos. (67)

Ve a la hormiga, ¡oh, perezoso!

Mira sus caminos y sé sabio,

La cual no teniendo capitán,

Ni gobernador, ni señor,

Prepara en el verano su comida

Y allega en el tiempo de la siega su mantenimiento.

Perezoso, ¿hasta cuándo has de dormir? (68)

La sabiduría edificó su casa,

Libró sus siete columnas;

Mató sus víctimas, templó su vino,

Y puso su mesa.

Envió sus criadas;

sobre lo más alto de la ciudad clamó:

Cualquiera simple, venga acá.

A los faltos de cordura dijo:

Venid, comed mi pan.

Y bebed del vino que yo he templado.

Dejad las simplezas, y vivid;

Y andad por el camino de la inteligencia. (69)

En los doce capítulos de sabiduría de este libro del Predicador, se percibe un hálito de pesimismo, que no es otro sino el pesimismo oriental.

*¿Qué es lo que fue? Lo mismo que será.
¿Qué es lo que ha sido hecho? Lo mismo
que se hará:
y nada hay nuevo debajo del sol". (73)*

No debemos aferrarnos demasiado a los pequeños goces mundanos, porque todo muere: muere el bueno, el malo, el rico y el pobre, así como el pecador. Ni nos apresuremos a buscar nuestro rescate en la tierra porque "Todo lo que se quiere debajo del cielo", tiene su tiempo:

*Tiempo de matar y tiempo de curar; tiempo
de destruir y tiempo de edificar;
Tiempo de llorar y tiempo de reír; tiempo de
endechar y tiempo de danzar;
Tiempo de esparcir la semilla, y tiempo
de allegar las piedras; tiempo de abrazar
y tiempo de agenciar y tiempo de perder;
tiempo de aguardar y tiempo de arrojar;
Tiempo de romper y tiempo de coser;
tiempo de callar y tiempo de hablar;
Tiempo de amar y tiempo de aborrecer;
tiempo de guerra y tiempo de paz" (74)*

Pero el Predicador, que le recuerda al hombre su miseria, su soledad, su limitación inexorable ante la infinitud del mundo, señala al hombre sus cambios; que son mejores los tenidos como dones adversos que todas las cosas que son materiales informes y deleznable de nuestra vanidad:

*Mejor es la buena fama que el buen unguento,
y el día de la muerte que el día del nacimiento.*

Mejor es ir a la casa del luto que a la casa del convite: porque aquello es el fin de todos los hombres; y el que vive parará mientes; mejor es el enojo que la risa; porque con la tristeza del rostro se enmendará el corazón. El corazón de los sabios es la casa del luto; mas, el corazón de los insectos es la casa del placer.

Mejor es la reprensión del sabio que la canción de los necios.

Porque la risa del necio es el estrépito de las espinas debajo de la olla. Y también ésto es vanidad. (75)

Este libro es de una concepción profunda y su lectura es una de las cosas consoladoras de este mundo.

De los judíos dice van Loon:

“Vivían en las más altas cumbres de la alegría o descendían miserablemente a los más hondos abismos de la tristeza. Su literatura era su música. Cuando se hallaban tristes y abatidos, escuchaban El Eclesiastés, que posee la belleza triste de un estudio de Chopín. Cuando se sentían alegres leían los jubilosos Salmos, que se reflejan con tanta fidelidad en los acordes iniciales de la Oda de la creación, de Haydn” (76).

Pero *El cantar de los cantares* es un himno vibrante de amor. En este poema encontraremos las más hermosas metáforas que se han escuchado en la poesía oriental. Se le atribuye este gran poema a Salomón.

Se ha locubrado mucho acerca de la verdadera tendencia del poema. Para algunos, es un drama erótico, en el que intervienen los siguientes personajes: el Esposo, el Rey de Jerusalén, la Esposa, que tiene madre, hermanos e hijas, y las doncellas de Jerusalén, que hacen el coro. De esta obra dice Will Durant:

“Hacia el final del siglo III (a. de C.) un poeta judío (o

acaso una poetisa) compuso el delicioso Cantar de los cantares. Percíbese en esta obra el influjo de la poesía griega desde Safo a Teócrito; pero hay en ella algo más que no se encuentra en ningún autor griego de entonces, a saber, una intensidad imaginativa, una profundidad de sentimientos y una emoción idealista lo bastante poderosa como para ennoblecer el amor, tanto en su cuerpo como en su alma, y para sublimar la carne en espíritu". (77)

La heroína es una pastora raptada por el rey, que la conoció en su aldea de Shunem, y, enamorado locamente de ella, la destina a su serrallo. Pero ella, pura como buena aldeana, y simple como pura, desprecia el boato del harem, por el recuerdo de su amante pastor, a quien, en la prisión serrallal, sigue siendo fiel.

Ella recuerda los rebaños que llevaba al aprisco, recuerda el candor de la majada, las conversaciones con su amante, lo dilatado del redil, bajo la luna.

El rey comprende que la pastora no lo ama y todo termina felizmente.

No se encontrará, con tal simpleza argumental, nada más bello y expresivo;

*El tiempo de la canción es venido
y en nuestro país se ha oído la voz
de la tórtola;*

*La higuera ha echado sus higos
Y las vides en ciernes*

Dieron olor:

*Levántate, oh, amiga mía, hermosa mía
y vente.*

*Paloma mía que estás en los agujeros de
la peña,*

en lo escondido de escarpados parajes,

Muéstrame tu rostro, hazme oír tu voz

Porque dulce es la voz tuya y hermoso tu aspecto. (78)

Esto dice el rey enamorado, lleno de anhelos y de ardoroso apasionamiento. Ella es la gloria de su serrallo. Empero, sólo tiene pensamientos de amor para su amado ausente y presentido entre perfumadas blancuras:

*Mi amado es mío y yo suya.
El apacienta entre lirios. (79)*

El Rey adora la perfección de esta mujer, de esta adorada deidad, flor de luz en su serrallo y sobre la cual acumula perfecciones:

*He aquí que tú eres hermosa, amiga-mía;
he aquí que tú eres hermosa.
Tus ojos, entre tus guedejas, como de paloma;
Tus cabellos como manadas de cabras
Que se muestran desde el monte Galaad.
Tus dientes como manadas de trasquiladas ovejas,
Que suben del lavadero,
Todas con crías mellizas
Y ninguna entre ellas estéril.
Tus labios, como un hilo de grana,
Y tu habla hermosa;
Tus sienes como cachos de granada
A la parte adentro de tus guedejas.
Tu cuello como la torre de David,
Edificada para muestra;
Mil escudos están colgados de ella,
Todos escudos de valientes.
Tus pechos, como dos cabritos mellizos de gama
Que apacientan entre azucenas. (80)*

En su orfandad de amor la prisionera pregunta a las doncellas de Jerusalén por su amado, y cuando ellas indagan qué tiene su amado más que los otros hombres para que así se preocupe por él, ella se lo describe con versos hermosos:

*Mi amado es blanco y rubio,
Señalado entre diez mil.
Su cabeza como oro finísimo;
Sus cabellos crespos negros (81) como el cuervo.
Sus ojos como palomas junto a los arroyos de las
aguas que se lavan en leche, y a la perfección
colocados.
Sus mejillas, como una era de especias aromáticas,
como fragantes flores:
sus labios, como lirios que destilan mirra que
trasciende.
Sus manos, como anillos de oro engastados en
jacintos:
Su vientre, como claro marfil cubierto de zafiros,
sus piernas como columnas de mármol fundadas
sobre bases de fino oro:
Sus aspecto como el Líbano, escogido como los
cedros.
Su paladar dulcísimo: y todo él codiciable.
Tal es mi amado, tal es mi amigo.
¡Oh, doncellas de Jerusalén! (82)*

Y termina con este diálogo bellísimo:

*El.— ¡Oh, tú, la que moras en los huertos,
Los compañeros escuchan tu voz:
Házmela oír.*

*Ella.— Huye, amado mío,
Y sé semejante al gamo, o al cervatillo
sobre las montañas de los aromas. (83)*

Pasando por encima de algunos errores, casi garrafales, como esa cabeza de oro del amante con cabellos que son negros como el cuervo, en ningún otro poema vemos conciliarse de igual manera erotismo y misticismo como en este *Cantar de los cantares*. Dice Will Durant.

“Esta extraña composición amorosa es campo abierto para las conjeturas: puede ser una colección de canciones de origen babilónico, celebrando el amor de Istar y Tamuz; puede ser (ya que contiene palabras tomadas del griego) obras de varios Anacreontes hebreos inspirados por el espíritu helenístico; (ya que los amantes se tratan de hermanos y hermana, a la manera egipcia), puede ser una flor de la judería alejandrina, tomada de las márgenes del Nilo, por alguna alma completamente emancipada” (84)

Nosotros hemos admirado de este poema sus bellezas; sus bellezas incomparables de un crecido y adorable romanticismo. Y del fondo de tantos corales y algas marinas perfumadas, extraemos para engarzar el anillo de la belleza perennal, estas perlas.

Ungüento derramado es tu nombre, rara metáfora de pura esencia oriental.

No miréis que soy morena—Porque el sol me miró, cómo una mirada del sol — que torra — o muchas miradas, tintan la morenez de esta hermosura.

Zarcillos de oro haremos — con clavos de plata, trueque de metales, con el solo objeto de filigranar la hermosura deseada entre el oro del boato, desde los clavos de plata del deseo.

¿Y, quién habla? ¿Qué perfección de mujer inspira pasión tan honda? Ella lo dice:

Yo soy la rosa de Sarón

Y el lirio de los valles.

Y ama con ternuras infinitas, con quieto apasionamiento, más que con desenfrenado erotismo. Por eso dice a sus amigas:

*Yo os conjuro, oh doncellas de Jerusalén,
Por las gamas y por las ciervas del campo*

*Que no despertéis ni hagáis velar el amor
Hasta que quiera. (85)*

Y, en fin, vemos este apasionado desglose del amor, esta poética y apasionante descripción del amor:

*Pónme como un sello sobre tu corazón,
como una marca sobre tu brazo,
Porque fuerte es como la muerte el amor;
Duro, como el sepulcro, el celo:
Sus brasas, brasas de fuego,
Fuerte llama.
Las muchas aguas no podrán apagar el amor,
Ni lo ahogarán los ríos.
Si diese el hombre toda la hacienda de su casa
por este amor,
De cierto lo menospreciaran. (86)*

No hay en toda la poesía amorosa de Oriente, un poema tan tierno, tan sentido, con un tono de tanta serena sensualidad.

OTROS ASPECTOS DE LA CULTURA HEBREA.

El hecho de que la ley de Moisés prohibiera reproducir la figura humana o de cualquier animal en escultura o pintura, entorpeció el medro de estas artes, que no florecieron entre los hebreos.

La única bella arte que cultivó este pueblo fue la música, que siempre estuvo al servicio del culto.

Es verdad que a lo largo de sus turbulentos hechos los hebreos esculpieron ídolos, como el *becerro de oro*, capiteles, sarcófagos y adornos arquitectónicos, en los que daban preferencia a la madera. Pero la arquitectura hebrea no tiene nada que la caracterice. En sus palacios y templos refleja las influencias de fenicios, caldeos, asirios, persas, griegos y romanos.

Los más famosos de esos monumentos fueron el *Arca Santa* o *Arca de la Alianza*, que era una gran caja de madera, toda enchapada en oro, y con querubines esculpidos en la tapa; el *mar de bronce*, formado por una gran palangana de bronce, sostenida por seis recias columnas, de bronce también, semejante a las pilas bautismales de nuestros templos, y que contenía el agua con que se lavaban los sacerdotes; el *candelabro de oro de los siete brazos*, símbolo del judaísmo etc.

Tampoco el israelita fue un pueblo científico, pues toda actividad que no fuera la poética, era ahogada por la religión.

Sus médicos eran sacerdotes y profetas, y confiaban más en el milagro que en la droga.

Pero no fueron, en este aspecto, ignorantes del todo. El contacto con los pueblos vecinos, sobre todo con los caldeos, herederos de las espléndidas conquistas culturales de los sumerios, y de los egipcios, que pasaban por ser el pueblo más civilizado de todo Oriente, les permitieron atesorar caudales de conocimientos científicos.

La Medicina tenía importancia secundaria porque Dios era quien daba las enfermedades, por mor de su iracundia o su inconformidad con las cosas de los hombres e igualmente daba la salud.

Claro lo dice la Biblia:

Si oyeres atentamente la voz de Jehová, Tu Dios, e hicieres lo recto delante de sus ojos, y dieres oído a sus mandamientos y guardares todos sus estatutos, ninguna enfermedad de las que envíe a los egipcios, te enviaré a ti, porque yo soy Jehová, tu Salvador" (87)

La Biblia está llena de hechos milagrosos que ponen a prueba el poder de Jehová. Profetas que llueven y vaticinan males a las gentes, y borran la maldad como por arte de magia.

Para muestras valen algunos botones. Sirva de ejemplo el

consejo que da Eliseo al leproso Naamán, al cual cura sus llagas haciéndolo sumergirse en el Jordán, su río sagrado.

“Entonces Eliseo le envió un mensajero diciendo: “Ve y lávate en el Jordán, y tus carnes se te restaurarán, y serás limpio” (88) Otras veces vemos a los profetas acudiendo a un empirismo totalmente reñido con el milagro, como cuando Isaías usa un emplasto de higos para un forúnculo del rey Ezequiel:

Y dijo Isaías: Tomad masas de higos.

Y tomándolas, pusieron sobre la llaga y sanó. (89)

De todas maneras, la presencia de un profeta siempre era objeto de risueña esperanza en la casa de un enfermo. Aun se le pedía el insólito milagro de la resurrección, y ellos accedían a regalar esta prueba de su poder.

Tal fue el caso del hijo de la viuda Zaref, al cual presuntamente Elías volvió a la vida, según se lee en el *Libro primero de los Reyes*:

Después de estas cosas aconteció que cayó enfermo el hijo del ama de la casa, y la enfermedad fue tan grave, que no quedó en él resuello.

Y ella dijo a Elías ¿Qué tengo yo contigo, varón de Dios? ¿Has venido a mí, para traer en memoria mis iniquidades, y para hacerme morir mi hijo?

Y él le dijo: Dame tu hijo. Entonces, él lo tomó de su regazo y llevólo a la cámara donde él estaba y púsolo sobre su cama.

Y clamando a Jehová, dijo: Jehová, Dios mío, ¿aun a la viuda en cuya casa yo estoy hospedado has afligido, matándole su hijo?

Y midióse sobre el niño tres veces y clamó a Jehová:

Dios mío, ruégote que vuelva el alma de este niño a sus entrañas.

Y Jehová oyó la voz de Elías y el alma del niño volvió a las entrañas, y vivió:

Tomando Elías al niño, trájolo de la cámara a la casa, y diólo a su madre, y díjole Elías: tu hijo vive. (90)

Aquí Elías hace el milagro acudiendo a unos cuantos pases sorprendentes (“midiéndose tres veces sobre el niño”), aunque con repetidas invocaciones a Jehová. ¿No le practicaría, acaso, la respiración artificial, mediante movimientos, que pasarían, con mucho, de esas “tres medidas” y el procedimiento, muy moderno, de boca con boca? También es cosa sabida que entre los hebreos existían mujeres que se dedicaban a los menesteres del parto, y hasta conocemos el nombre de dos que ejercían esta profesión en Egipto, según leemos en *El Exodo*: “Y habló el rey de Egipto a las parteras de las Hebreas, una de las cuales se llamaba Sephra, y otra Phúa”... (91)

Y hasta usaban la silla de parto:

Cuando parteáreis a las hebreas y miráreis los asientos... (92)

Pero en lo que realmente se distinguieron los hebreos fue en la Higiene. Ningún pueblo en la antigüedad se preocupó más de la limpieza del cuerpo y del alma de los humanos. Jahvé era severo en este sentido.

Nadie podrá comparecer ante su Santa Presencia si no está limpio de alma; y la limpieza de alma deberá de estar cónsona con la del cuerpo.

Por eso las leyes mosaicas están henchidas de prescripciones higiénicas que se imponían con fuerza dogmática.

Algunas de estas prescripciones se rodeaban de un ritual, como la circuncisión, que aparecía como un pacto directo de Jehová con su pueblo.

Así se lee en *El Génesis*:

Este será mi pacto, que guardéis entre mí y vosotros, y tu simiente después de ti: Será circuncidado todo varón de entre vosotros.

Circuncidaréis, pues, la carne de vuestro prepucio, y será por señal del pacto entre mí y vosotros.

Y de edad de ocho días será circuncidado todo varón entre vosotros por vuestras generaciones: el nacido en casa y el comprado a dinero de cualquier extranjero, que no fuere de tu simiente.

Debe ser circuncidado el nacido en tu casa y el comprado por tu dinero: y estará mi pacto en vuestra carne para alianza perpetua.

Y el varón incircunciso que no hubiere circuncidado la carne de su prepucio, aquella persona será borrada de su pueblo, ha violado mi pacto. (93)

Las leyes mosaicas eran, según se ve, fruto del pacto entre Jehová y su pueblo, por lo cual las congregaciones judías hacían cumplir, implacablemente, ese versículo 14; y lo hacen cumplir hasta nuestros días.

Por eso consta en el Nuevo Testamento que Jesucristo fue sometido a este ritual quirúrgico, como se lee en *El Evangelio según San Lucas*:

Y pasados los ocho días para circuncidar al niño, llamaron su nombre Jesús. (94)

Muchos pueblos primitivos tienen como sagrado el ritual de la circuncisión, y en algunos circuncidan también a la mujer. Pero entre los hebreos ¿no sería acaso una ley destinada a mantener limpio el surco balano prepucial del asqueroso esmegma? Hoy sabemos, incluso, que esa sucia secreción grasa, cuando se enrancia, es cancerígena.

De modo, que el gran legislador que fue Moisés bien pudo disponer que su ley adquiriera un carácter divino, de imposición ritual, para que fuera aceptada de buenas ganas por el pueblo.

Quizás para asegurar ese cumplimiento de la ley, se declaró impura a la mujer menstruante, así como durante el lapso del puerperio. (95)

Era esta prescripción del *Levítico* impuesto en la Ley como parte del pacto de Jehová con su pueblo, una manera de hacer respetar la mujer, alejándola del contacto sexual por un prudente lapso puerperal.

Es precisamente en *El Levítico* donde se encuentra la mayoría de las leyes de higiene: las cosas que el judío podía comer y las que le estaban prohibidas. Así, el judío podía comer vacas y otro tipo de ganado que tienen *pezuñas hendidas y rumian* (96), mas no animales que rumien, pero no tengan pezuñas, como el conejo (97). Si tiene pezuña hendida, pero no rumia, es animal abyecto (99), y éste es el caso del cerdo, transmisor por mucho tiempo, entre los países del Asia Menor, de triquinosis.

Así se siguen especificando las cosas que el judío puede o no comer.

Todo el cap. XIII del *Levítico* está dedicado a la legislación sobre la lepra, enfermedad muy difundida en todo el Oriente y relacionada con una amplia literatura, y el XIV a la purificación del leproso.

También hay legislación para otras de las terribles epidemias que, de vez en vez, azotaban el pueblo de Israel.

En *Los Números* se habla de una terrible epidemia que le cayó al pueblo preferido de Jehová, castigo, quizás, contra esas transgresiones a los mandatos divinos y de la cual murieron 24,000 personas. (100)

Para conjurar esta mortalidad impiadosa, y aplacar la cólera de Jehová, los judíos hicieron ofrendas de esmerodes y ratas de oro, lo que nos hace pensar que fue una epidemia de peste bubónica (101) y que los judíos relacionaban a las ratas con la que se llamaría más tarde *muerte negra*.

Otros versículos legislan acerca de las reglas de la higiene que regirá en los ejércitos: baños diarios, disposición de excretas y una tienda dispuesta para el médico del ejército.

¿Médico? ¿Es que había médicos en Israel?

Traumatismos y heridas, indudablemente, urgían de los servicios de personas avezadas en estas cosas, así como las reducciones de fracturas y los entablillados, según se lee:

“Hijo del hombre, quebrantado he el brazo del Faraón rey de Egipto; he aquí que no ha sido vendado, poniéndole medicinas, poniéndole faja para ligarlo, a fin de vigorizarle para que pueda tener espada” (102)

Pero lo referente a Medicina no se contiene sólo en la Biblia, sino también en *El Talmud*, escrito en el siglo V de nuestra era. Muchos datos de higiene personal y social vienen contenidos en este libro. También vienen nociones de medicina, en una época en la que, indudablemente, el concepto de enfermedad y salud debía estar en proceso de transformación.

Especialmente se describe en *El Talmud* la anatomía humana y en ella se habla de un ilusorio *hueso luz*, que se estimaba un núcleo permanente del cuerpo, aún después de la muerte.

Lo situaban en un lugar indefinido de la columna vertebral.

El mito del *hueso luz* fue de esas falacias que se sostuvieron, a través de toda la Edad Media, hasta el Renacimiento, cuando Vesalio dio buena cuenta de él al hacerse el primer gran anatomista de la historia.

En el *Talmud* se detallan algunos métodos terapéuticos que eran de uso común entre los judíos, como las sangrías, ventosas, entablillados de fracturas, vendajes, etc...

La Industria no fue próspera entre los judíos. Estos surgieron de los primitivos pueblos agrícolas y pastores, y así permanecieron hasta los días de Salomón, cuando devinieron en experimentados comerciantes y dieron paso a las artes mecánicas.

Salomón, al allegar fondos para el exagerado fasto de su reinado, impulsó el comercio del tal manera, que los judíos llegaron a ser, y lo son todavía, los más grandes comerciantes del mundo, y desarrollaron una burocracia tal, que ellos son desde *in illo tempore*, los primeros banqueros del mundo.

NOTAS

(50) Los caracteres de la enfermedad, que se describen en el texto bíblico, no corresponden a los de la sarna (que respeta la cara y es extremadamente puriginosa, no dolorosa), opinando algunos que podría tratarse de la lepra (enfermedad muy frecuente entre los israelitas) o quizás la sífilis, tesis ésta más aventurada frente a la que sostiene, con aceptación de gran parte de los investigadores, que la sífilis era una enfermedad desconocida en el Viejo Mundo y originaria de América, de donde los españoles la llevaron a Europa en 1493.

(51) Job. 2.1

(52) Job. 30. 27 a 31

(53) Job. 14. 1 al 12

(54) Job. 42. 2 al 6

(55) Lebrón Saviñón, M. El drama trágico. Parcialmente publicado.

(56) Obra citada.

(57) Salmo 23. Trad. Cipriano Valera.

(58) Salmo 49 (frag.) Trad. de Cipriano Valera.

(59) Salmo 1 (frag) Vers. Fray Luis de León.

(60) Salmo 6. Tad: Fray Luis de León.

(61) Salmo 103—trad. de Fray Luis de León.

(62) Véase más adelante.

(63) Obra citada.

(64) Salmo 18.8

(65) Prov. 1.1

(66) Prov. 1.7

(67) Prov. 2.10 a 15

(68) Prov. 6. 6 a 9

(69) Prov. 9. 1 al 6

(70) Prov. 15. 16 a 18

(71) Ecls. 1.2

(72) Ecls. 1.7

(73) Ecls. 1.9

(74) Ecls. 3. 1 al 8

(75) Ecls. 7. 1 al 6

(76) Van Loon, H. —Historia de la Biblia. — Ed. A.

(77) Ibid.

(78) Cant. de los Cant. 2 12 al 14

(79) Cant. de los Cant. 2.16

(80) Cant. de los Cant. 5. 10 al 16

(81) Hay una contradicción entre estos cabellos crespos y negros, y los rubios y finos de los dos versos anteriores.

(82) Cant. de los Cant. 5. 10 al 16

(83) Cant. de los cant. 8.13 al 14

(84) Ob. cit.

- (85) Cant. de los Cant. 2. 7 y 3.5
- (86) Cant. de los Cant. 7. 6 a 7
- (87) Exodo 15. 26
- (88) 2 Reyes 5.10
- (89) 2 Reyes 20.7
- (90) 1 Reyes 17.17 al 23
- (91) Exodo 1.15
- (92) Exodo 1.16
- (93) Gen. 17. 10 a 14
- (94) San Lucas 2.21
- (95) Levítico 12. 2 y demás
- (96) Lev. 10.3
- (97) Lev. 10.5
- (98) Lev. 10.4
- (99) Lev. 10.7
- (100) Los Num. 20.9
- (101) Deut. cap. XXIII
- (102) Ezequiel 30.21

NOTICIAS Y COMENTARIOS DE LA UNFAM